

Sendero de resiliencia





**Institución Universitaria
Politécnico Grancolombiano**
Calle 61 N.º 7 - 69
Tel: 7455555, ext. 1516
Bogotá, Colombia

© 2025. Todos los derechos reservados.
Primera edición, diciembre de 2025

Sendero de resiliencia

eISBN: 978-628-7840-47-8

Autor

Santiago Montoya Suesca

Diseño e ilustración

Natalia Pineda Sarmiento

Editoras académicas

Victoria Eugenia Peters Rada
Marcela Fernanda Téllez Pedraza

Equipo editorial

Director editorial
Guillermo Alberto González Triana

Analista de producción editorial
Mónica Alejandra Quintana Rey

Correctora de estilo
Ana Milena Cortés

Montoya Suesca, Santiago. Sendero de resiliencia / Santiago Montoya Suesca ; Natalia Pineda Sarmineto, ilustradora. – Bogotá D.C.: Editorial Politécnico Grancolombiano., 2025.	
24 p. ;il, col. 20x20 cm.	
EISBN 978-628-7840-47-8	
1. Resiliencia -- Cuentos cortos 2. Superación personal -- Cuentos ilustrados 3. Familia y sacrificio I. Institución Universitaria Politécnico Grancolombiano II. Tit.	
SCDD 863.01	Co-BoIUP
<i>Sistema Nacional de Bibliotecas - SISNAB Institución Universitaria Politécnico Grancolombiano.</i>	

¿Cómo citar este libro?

Peters Rada, V.E. y Téllez Pedraza, M.F. (Eds.) (2025). *Sendero de resiliencia*.
Editorial Politécnico Grancolombiano.

No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorpora-
ción a un sistema informático, ni su tratamiento en cualquier forma o medio
existentes o por existir, sin el permiso previo y por escrito de la Editorial de la
Institución Universitaria Politécnico Grancolombiano. Para usos académicos y
científicos, la Institución Universitaria Politécnico Grancolombiano accede al
licenciamiento Creative Commons del contenido de la obra con: Atribución –
No comercial – Compartir igual.



El contenido de esta publicación se puede citar o reproducir con propósitos
académicos siempre y cuando se indique la fuente o procedencia. Las opinio-
nes expresadas son responsabilidad exclusiva del (los) autor(es) y no constituye
una postura institucional al respecto.

La Editorial de la Institución Universitaria Politécnico Grancolombiano
pertenece a la ASEUC (Asociación de Editoriales Universitarias de Colombia).

El proceso de gestión editorial y visibilidad de las publicaciones de la
Institución Universitaria Politécnico Grancolombiano se encuentra certificado
bajo los estándares de la norma ISO 9001:2015, con el código de certificación
ICONTEC SC-CER660310.



Capítulo 1. Abril 1991

Viaje entre luces y sombras

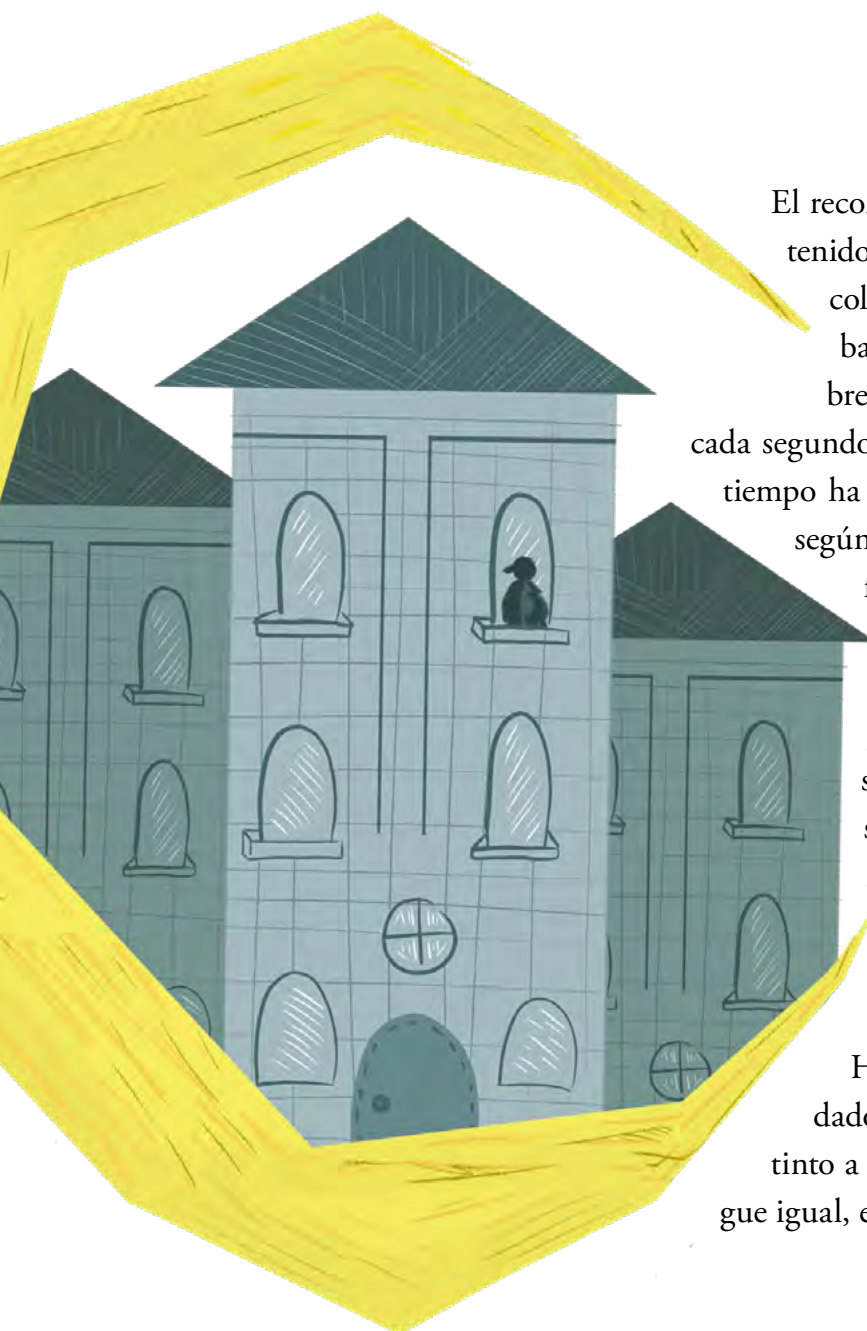
Recuerdo que era de día cuando abordamos el bus. No puedo decir con exactitud cuántas horas llevamos de camino ni cuántas nos faltan, solo puedo decir que ver por la ventana se ha vuelto algo un poco aburrido, ya no hay luz ni formas reconocibles, ahora solo se ve la luna y la penetrante noche que la acompaña.

Me llamo Jenny, actualmente tengo 9 años, estoy bastante aburrida en este viaje tan largo, no puedo seguir durmiendo porque ya lo hice demasiado. Afortunadamente el bus parece avanzar de forma rápida, aunque tengo la leve impresión de que tanto mi madre como mi hermana ya quieren bajar de este vehículo. Es un poco liberador comenzar a ver luces de ciudad, ver edificios levemente iluminados con pocas habitaciones donde parece haber algo de movimiento; también es liberador sentir cómo, poco a poco, el bus baja su velocidad para entrar a lo que parece ser nuestro destino.

Por fin es el turno de descender a tierra; por ahora, es un poco angustiante hacerlo, no sé dónde estamos, lo único que puedo ver antes de dar un paso afuera es un reloj que marca las 11:00 p.m., y una lluvia ligera que acompaña la difusa noche.

Estoy un poco expectante por saber a dónde ir; mi madre lleva cargada a mi hermana con un brazo, mientras que en el otro sujeta una sombrilla negra lo suficientemente grande como para que quepamos todos y podamos refugiarnos de las grandes gotas que golpean sin cesar la acera, los charcos y la tela extendida de la sombrilla. En su mano sostiene dos bolsas de un tamaño mediano en las que lleva la poca ropa que empacó; no puedo evitar fijarme que las bolsas son de Cafam, pero salgo de mis pensamientos al escuchar que mi madre nos dice que subamos al bus que acaba de parar en frente de nosotros. Muy en el fondo, solo espero que el viaje no sea igual de largo al anterior... tengo frío.





El recorrido es, sin duda, mucho más entretenido de lo que esperaba, ver los edificios coloniales, las amplias calles, los carros bastante geométricos con sus luces sobrepasándonos, y la luna siguiéndome a cada segundo, hace que no me percate de cuánto tiempo ha pasado. Ya estamos aquí, en lo que, según mi madre, es el barrio Santa Fe, al frente de un edificio alto de tres pisos.

Mientras miro el lugar, mi mamá presiona el timbre que resuena un poco dentro mis oídos, y espera a que su amiga le abra. Segundos después, se abre una ventana en el último piso, lo notamos por el rechinar del marco.

Una mujer se asoma y se apresura a decirnos que se apena con nosotros, pero que no nos puede recibir.

He estado tan distraída que no me he dado cuenta de que este lugar es muy distinto a todo lo que he visto, lo único que sigue igual, es la constante lluvia.



Capítulo 2

Llamada esperanzadora

Caminamos por la acera de la calle, la lluvia no cesa y lo único que escucho, además de los golpes del agua contra el suelo, es a mi madre llorando un poco desconsolada. Sus lágrimas caen con la misma frecuencia que las gotas. Reconocemos una cabina de teléfono público en la siguiente esquina y nos dirigimos hacia allá. Entre más cerca estamos, puedo notar sus características: es de un color amarillo quemado con algunas franjas de colores más opacos y vivos en sus costados; una estructura circular que brinda un poco de privacidad; y los infaltables grafitis y pegatinas que la adornan.

Mi madre se acerca al teléfono que está en el fondo de la cabina mientras busca en su bolsillo la moneda necesaria para poder llamar. No tiene éxito. Se desespera un poco hasta que recuerda haber guardado la moneda en el fondo de su bolso. La saca mientras expresa un poco de alegría en su rostro y marca un número que no soy capaz de ver. Me doy cuenta de que contestan cuando mi madre pronuncia las palabras “Hola, Armida”.





Sé que se trata de mi madrina. La llamada dura muy poco. Mi madre cuelga el teléfono y nos da la noticia de que ella sí nos va a recibir en su casa. Continuamos caminando hasta encontrar alguna carretera. Este es el tercer bus al que me subo; hay bastantes espacios vacíos, pero nos sentamos en las rutinarias sillas de dos pasajeros. Siento mucho sueño, me estoy quedando adormecida, pero cada vez que comienzo a cabecear, mi madre me dice que no lo haga porque el viaje es corto.

Solo pasan aproximadamente treinta minutos para llegar a la parada final. Puedo intuir que estamos o vamos hacia Fontibón, por lo que recuerdo haber visto en el letrero delantero del autobús. Llegamos a la casa de mi madrina, quien nos estaba esperando un poco angustiada. Entro en la casa y siento un cambio de ambiente bastante fuerte. El frío desaparece, los sonidos de la calle se opacan, se escucha a mi madrina hablando varias cosas con mi madre, y percibo que los ruidos del reloj colgado en la pared de la cocina suenan un poco más fuerte de lo que deberían. Volteo la mirada para revisar la hora: es la una de la mañana. Solo quiero dormir.



Capítulo 3

Entre pañales y trapos

Me despierto todos los días a las cuatro de la mañana, es la hora en la que mi madre sale de la casa para ir a trabajar. No tiene un solo día de descanso y siempre llega a las once de la noche. Me quedo sola con mi hermana. Lo normal sería que pudiera descansar o jugar casi todo el tiempo, pero... vivir aquí no es gratis.

Cada mañana me levanto sin falta para hacer el oficio de la casa. Es un poco complicado cuidar de mi hermana y ocuparme de las labores con las que cargo. La arrullo por un buen rato hasta que se queda dormida, la recuesto en su cuna y me dirijo a tomar la escoba y el traperero; tengo que aprovechar mientras ella descansa para terminar de barrer y trapear todas las habitaciones. Aunque me siento cansada luego de fregar por un buen rato las blancas y desgastadas baldosas del piso, no puedo permitirme hacer pausas, aún tengo que lavar la loza, y justo mi hermana acaba de retornar de su sueño.

La tomo y la sostengo de tal forma que pueda, con la poca libertad que tienen mis brazos, enjabonar y enjuagar cada uno de los pocillos y vasos que hay en el lavaloz; los platos hondos, planos, los de cerámica, porcelana, e incluso los de plástico; las cucharas de metal, chiquitas, medianas y soperas; los cuchillos afilados, de serrucho o para mantequilla; más un par de tenedores.





Capítulo 4

Un refugio bajo las escaleras

Una tarde, de improvisto, tocan el timbre a una hora inusual. Llenos de curiosidad e intriga, abrimos la puerta principal de la casa, todos estamos un poco asombrados; se trata del padre de mi hermana. Las primeras palabras que pronuncia al vernos, con una suave pero marcada firmeza, son “Nos vamos a otro sitio”.

Empacamos todo para mudarnos a una nueva habitación para nosotros cuatro. Cargo con mi pequeña maleta hasta llegar al nuevo sitio. Es sorprendente ver que nos alojaremos en una habitación que queda debajo de unas escaleras, jamás había visto algo así. Es un cuarto demasiado pequeño, tiene aproximadamente tres metros de largo y de ancho. Nos acomodamos como podemos, el espacio es tan angosto que no hay lugar para muchas cosas. La noche cae y tenemos que recuperar energías.

Ellos duermen en el piso, encima de un cartón con diferentes logos plasmados por sus laterales, que no se ven para nada interesantes, todos son negros y ya están un poco difusos.

A stylized illustration of a fire with dark grey and black flames rising from a light blue base, which appears to be a fire pit or a piece of wood being burned.

Mi hermana y yo dormimos en su cuna, que ocupa casi todo el espacio disponible; es difícil conciliar el sueño al estar tan apretada y encogida. Lo único que puedo ver, debido a la incómoda posición en la que estoy, son esas largas varillas de madera roja de la apretada camita. Estoy segura de que jamás las voy a olvidar. Cada mañana viene con un nuevo día, y con este el hambre, las necesidades y las responsabilidades.

No tenemos una cocina, ni siquiera una estufa, pero nos las arreglamos. Ayudo a colocar tres tablones de madera en el suelo sobre el que va nuestro único fogón. Aquí podemos preparar algo de arroz, el único problema es que yo no sé cocinar, tenemos que esperar a que llegue mi madre de trabajar. Muchas veces se hace bastante larga la espera, en especial al ser nuestra única comida del día.



Capítulo 5

Dulces deseos en tiempos amargos

En muchas ocasiones el hambre no te deja pensar con claridad, se siente como un torbellino en el ancho y vasto mar que consume todo a su paso, arrasa con barcos y ciudades... con lo que sea que se encuentre por el camino.

La dueña de la casa en la que vivimos tiene un pequeño emprendimiento, prepara unos pasteles de queso con bocadillo que vende a doscientos pesos. El dulce aroma que emana de estos manjares siempre llega hasta donde estoy y acaricia suavemente mis fosas nasales. Me es imposible, debido al hambre que siento, no asomarme para mirar. Es absurdo, porque el hecho de ver aquella textura crocante, de imaginar el crujiente sonido del hojaldre, y descubrir la gran cantidad de queso que sale de esos pasteles, no hace sino empeorar la situación.

Por más que anhele comerme uno, sé que es imposible conseguir el dinero para pagar siquiera la mitad; y aunque el tiempo ha ido pasando, no logro acostumbrarme al inoportuno olor de esta preparación en las mañanas, tardes, y a veces en la noche.

Hoy siento de manera particular que el hambre pesa sobre mi existencia. Me asomo una vez más y la señora nota que la observo, me mira con un poco de lástima en sus ojos y duda sobre algo, parece estar meditando sobre alguna cuestión. De repente, toma uno de sus pasteles y lo coloca encima de una servilleta, se acerca hacia mí de forma apresurada, se agacha, y me lo ofrece. Aunque estoy confundida, no dudo en recibirlo, no entiendo muy bien sus razones, pero no tengo ninguna queja al respecto; por fin puedo saborear tan añorada masa rellena de bocadillo caliente y queso derretido.





Capítulo 6

De espacios pequeños a grandes sueños

De nuevo nos estamos mudando. Siempre recordaré de este sitio las varillas rojas de la cuna de mi hermana que tanto tallaron mi cuerpo, así como el único pero increíble pastel que probé durante toda mi estadía. El nuevo sitio es, para mi fortuna, mucho más grande, aunque un poco aterrador. La habitación es bastante fea y el baño tiene ciertos tonos azulados que no inspiran nada de comodidad; por más grande que sea con respecto al anterior lugar, no tengo ganas de quedarme aquí.

Solo han pasado quince días desde que llegamos a este sitio, y ya de nuevo mi madre me da la noticia de que debemos irnos. No hay forma de expresar mi contenida alegría, aunque desconozco nuestro nuevo paradero, solo sé que iremos hasta un lugar llamado San Cristóbal Sur.

Al parecer, mi alegría era justificada; el lugar es bastante espacioso y ya no tenemos que quedarnos en una sola habitación, pues ahora tenemos dos cuartos. Las paredes se ven mucho más limpias, todo

está mejor acomodado e iluminado por una bonita luz natural. Mi hermana y yo comenzamos a estudiar. Como mis padres están casi todo el tiempo trabajando, yo soy la encargada de llevarla y traerla. Algunas veces el camino se hace mucho más largo de lo que parece ser, otras, se siente tan corto como un abrir y cerrar de ojos. Al llegar a casa, me dispongo a hacer mis tareas junto a las de mi hermana y el oficio, que no da espera y resulta ser un poco más pesado, pero no es algo imposible manejar.

Ha transcurrido bastante tiempo, ya estoy mucho más grande. Hoy de nuevo me mudo; han sido tantas veces que ya perdí la cuenta. Mientras entramos al nuevo conjunto en el que nos vamos a quedar, siento que subir las escaleras hasta el último piso parece una tarea interminable; los escalones son un poco elevados y al subir cada piso parece que bajara dos más. Al llegar a la cima, me detengo por un momento y subo los últimos escalones. Estoy en frente de la puerta; esta vez no se trata de una habitación o dos, sino de un apartamento completo. No hay palabras para describir mis sentimientos. El primer detalle que capta mi atención es el número de mi nuevo hogar, 1001.





Quizá todo lo terrible es, en su
fondo más íntimo, algo indefenso
que quiere nuestra ayuda.

Rainer Maria Rilke